

Ballet Español:

EL AMOR BRUJO

Ricardo Solé ha cumplido la hazaña — tal puede conceptuarse entre nosotros — de transformar una simple escuela de baile, de esas que como sabemos se limitan a mostrar anualmente a las familias los progresos de sus parientes, en la base de un organismo serio de ballet español, al que ya puede considerarse existente y dotado de capacitación artística, del que puede esperarse mucho y bueno, y al que ya puede exigírsele.

Eso ha sido posible, en primer término, porque Ricardo Solé une en él las posibilidades de un bailarín diestro con un estilo personal para abordar un género que ha tenido y tiene excelentes cultores, con datos de coreógrafo verdadero al que sólo le falta un ejercicio más intenso y reiterado. Son dos cartas de triunfo siempre que se las sepa utilizar con sagacidad y con una dosis alta de empeñamiento, y que tienen a su favor el hecho que por muy cierto y conocido no es inútil volver a subrayar, de que en nuestro público hay una auténtica afición al ballet, y en particular al ballet español. El numeroso público que llenaba el Solís ayer no estaba compuesto únicamente por amigos y parientes como es habitual en las presentaciones de las escuelas de baile; había aficionados y éstos no se sintieron defraudados, a pesar de los reparos que pueden dirigirse a varios aspectos del espectáculo.

Es muy difícil, por no decir imposible, que entre nosotros surja un ballet español que pueda cultivar el flamenco con la autenticidad de un conjunto español especializado. En la zona del folklore más primario siempre será visible lo postizo de la actitud española asumida por el neoplante que venera la tradición peninsular. Pero en cambio está abierto el camino de una estilización que conserve el sabor de las piezas originales y las inserte en un tratamiento culto y universal. El ejemplo reciente de Oscar Segovia y su conjunto parece probatorio. El ajuste con que Solé y sus bailarines hacen las dos danzas del XIX (los Panaderos y las Seguidillas de Madrid de Chusca) con una elegante ambientación goyesca, una soltura en que al



RICARDO SOLÉ
Bailarín - coreógrafo

preciosismo hace buenas migas con la gracia, parece darnos la razón.

Esto no quiere decir que le esté vedado lo popular. Las "alegrías de Cádiz", que ayer bailaron en un estilizado cuadro flamenco crearon la aproximada ilusión necesaria para que llegara su aire, más ingenuo que intenso, más plástico que hondo. Pero Ricardo Solé, con tino, las dotó con su intervención de una jocunda felicidad, acusando el burlesco que no es privativo del género.

El centro del espectáculo era la versión de "El amor brujo" de Manuel de Falla, que a priori parecía por encima de las posibilidades del conjunto. Decir que no defraudó, que se le siguió con interés constante, que tuvo momentos de brillo, es reconocer el logro general del intento. Como coreógrafo Ricardo Solé actúa al riguroso servicio de lo musical, de tal modo que no hay disociaciones y los bailarines se integran armoniosamente al fraseo musical. Quizás por eso mismo y por haberse ajustado en su versión al argumento tradicional de Martínez Sierra, la secuencia anecdótica no queda suficientemente hilvanada, algunas partes — la danza ritual — resultan demasiado extensas, son pocas las veces en que se obtiene un acento de convicción que responda a la rica y tenebrosa invención de Falla. Pero aquí es responsable la formación escolar del conjunto. Es muy visible la mecánica de la coreografía que los bailarines no visten y disfrazan como corresponde con su flexibilidad personal, porque están demasiado atentos a cumplir estrictamente lo marcado. Es excepción Adela Vargas, que resulta la mejor figura femenina y que tuvo un desempeño correctísimo en Falla.

Son igualmente objetables los escenarios y los trajes — estos últimos imputables a Solé; — los hay mejores, pero en general pecan todos de colorínche agresivo y, sobre todo, de falta de armonía en el conjunto. De los escenarios fue mejor el de Falla y muy de revista típica los restantes.

La orquesta no tiene el ensayo suficiente y a pesar de los esfuerzos de Freire López no rindió lo necesario en El amor brujo. La contralto Milka Díaz es aún una hermosa voz natural sin trabajar, a la que le convendría retirarse por un tiempo y estudiar intensamente porque son muchas sus posibilidades.